

# ***LA DAMA DE LA LÁMPARA***

*“Si no hubiera nadie descontento con lo que tiene, el mundo nunca alcanzaría algo mejor”.*

*Florence Nightingale.*

El tren anunció su partida con un largo silbido. Dentro de los vagones el bullicio de la gente era incesante. Un sol, aún joven, les iluminó el paisaje de una primavera incipiente. Poco a poco las voces fueron amoldándose a la monotonía de las ruedas sobre los raíles. Florence se acomodó en el departamento que compartía con las otras mujeres, “las damas de Scutari”, como así se las conocía ya, en la prensa británica. Dos años y cuatro meses las separaban de una vida que quedó aparcada en otro andén. Sus rostros enfundados en cansancio se reflejaban en los cristales. El vaho que exhalaban dibujaba la impotencia y el miedo de una guerra absurda y miserable.

De la bolsa de viaje sacó su inseparable cuaderno de notas. Una foto se deslizó entre las hojas cayendo sobre sus rodillas. Cuatro rostros fijaban sus ojos en ella. El hombre de pie apoyaba su mano izquierda en el hombro de la mujer que estaba sentada en un sillón de cordobán, sujetando sobre sus rodillas a una niña de corta edad; mientras que la cuarta figura, otra niña no mucho mayor, estaba subida a un caballo de madera cuyas patas se apoyaban en un balancín. Recorrió sus siluetas con el dedo índice, acariciando con su yema a cada uno de los miembros de su familia. Las sonrisas pueriles contrastaban con la sobriedad de los rostros adultos. El otoño entraba por un gran ventanal, su luz tenue acariciaba el pelo de su madre, recogido a los lados, de color oscuro y muy brillante. Vestía un traje de seda azul marino, bordado en oro, y unas perlas salpicaban el conjunto dándole claridad. De sus orejas pendían unos zarcillos de

esmalte y ámbar; en su cuello un collar de oro y rubíes con un colgante de coral que su padre había comprado a un orfebre siciliano.

Florence creció junto a su hermana Parthenope en las verdes colinas de la alta sociedad británica, en la lujosa mansión “Embley Park” en Hampshire. Su educación, desde muy niñas, se había enfocado en la preparación para ser unas refinadas damas y unas perfectas esposas. De su padre, William Edward Nightingale, adquirió la inquietud por las ciencias, siempre fue una gran enamorada de las matemáticas. Habían aprendido latín y griego de mano de los mejores profesores. Estudiaron geografía que luego aplicaban en los numerosos viajes que realizaron junto a sus progenitores. Por supuesto, también recibieron lecciones de comportamiento y protocolo en reuniones sociales y actos benéficos, junto a clases de costura y bordado que a Florence aburrían enormemente.

La noche llegó sin luna. En los cristales se escurría la lluvia que hacía horas caía sin cesar. No llegarían hasta el amanecer a la próxima estación. Los recuerdos que le llegaban a través de aquella fotografía la hicieron anhelar que el viaje llegase pronto a su fin. Los correos mantenidos durante esos dos años, ahora se le antojaban escasos de noticias y de abrazos. El traqueteo del tren le llevó a los viajes que hicieron por Europa. Alemania le fascinaba. Allí es donde visitó por primera vez un hospital a cargo de una diócesis luterana en Kaiserswerth, lugar donde se formaría más tarde como enfermera, a pesar de la oposición de su madre que además de negarse rotundamente, intentó persuadirle en numerosas ocasiones. La visita a aquel hospital donde asistían a enfermos y marginados le cambió para siempre. La miseria y el hambre junto al sufrimiento, que aquellas personas socorrían con tanta dedicación, silenció su voz durante unos días. Su corta y acomodada vida se llenó de confusión.

-Y ¿por qué piensas que es una locura? -No era la primera vez que Florence tenía una discusión con su madre sobre su empeño en formarse y trabajar como enfermera.

Había sido una velada magnífica. El último en marcharse fue Sidney Herbert, gran diplomático que ostentaba el cargo de secretario de Estado en

Guerra. Buen amigo de la familia, de carácter expansivo y locuaz, procuraba no faltar a estas reuniones, de las que no sólo sacaba buen provecho de su excelente cocina, sino que también disfrutaba de las charlas sobre política o economía que tanto les unían. Florence sentía gran admiración por él, y era conocedora de la debilidad que mostraba hacia ella. Siempre le decía lo lejos que llegaría gracias a su inteligencia y tenacidad.

En el salón, el ruido del servicio recogiendo los restos del almuerzo era lo único que se oía. Los candelabros aún permanecían encendidos proyectando sombras sobre el estuco de las paredes. Entre ellas la de France Smith, que no paraba de ir de un sitio para otro, con pasos cortos y apresurados. De su rostro alargado se había borrado la sonrisa de hacía unas horas y mostraba grandes dosis de preocupación.

-Es una locura y un despropósito. Y si me apuras creo que es una deshonra para esta familia. No permitiré que una hija mía pierda su vida en esos lugares, rodeada de miseria. Esto es una pesadilla. -Rompió a llorar de desesperación.

-Madre, estoy cansada de estas escenas. Lo tengo decidido. Es lo que quiero.

-Nada de eso jovencita. Todos estos años, la educación que te hemos dado, es para otra cosa. Te hemos preparado para otro tipo de aspiraciones. En cuanto a los hospitales, ¿acaso no basta con los actos benéficos y la gran suma de donaciones que hacemos?

Florence atravesó el corto espacio que las separaba. Recogió un mechón de su pelo y lo llevó tras la oreja, aprovechando para acariciar su rostro. Mantuvo su mano todo el tiempo que fue suficiente para calmar su propio orgullo.

-Sí, madre. Son muy generosas, todas sus aportaciones, sus ayudas... pero, lo mío, lo que yo quiero viene de otro sitio, no es suficiente con la caridad.

France miró a su esposo y a su otra hija que permanecían con la mirada en el suelo.

\_ Pero ¿es que no nos quieres? Ni tu padre, ni tu hermana ni yo nos merecemos este desprecio a nuestra posición. Es denigrante. Nos debes un respeto. Cómo puedes ser tan egoísta ¿Te has puesto a pensar lo que van a decir de ti, de nosotros? Florence Nightingale rebajada a ser una sirvienta trabajando como una pobre, y...

- ¡Basta madre!, no siga por ahí. No es egoísmo. En todo este tiempo no sólo he pensado en mí. Claro que he pensado y meditado mucho. Yo los quiero, adoro esta familia.

-Flo, hermana. Desiste de esta locura. Hazlo por mí.

Florence se debatía entre sentimientos contradictorios. Ver a su querida hermana llorar le dolía demasiado, pero también sentía la vida palpitante de su sueño. Parthenope, un año mayor que ella, siempre había ordenado el mundo de las dos con gran dedicación. Se parecía exageradamente a su madre, no solo físicamente, también en sus gestos refinados, el gusto por la moda, el arte y la cargada vida social. Observó sus trenzas recogidas en torno a la nuca. Era tremendamente hermosa, alta, ojos grises que tenían la capacidad de llenarlo todo de ternura con una mirada. La amaba con todas sus fuerzas con un amor simple y generoso y es por eso por lo que le apenaba tanto que no compartiera su ilusión por la nueva etapa que se abría hacia ella.

-Dios mío, cuántas veces tengo que darte las gracias todos los días por haberme dado esta hermana. No intentes retenerme, tu no, por favor.

-Y, qué hay de tu relación con Richard. ¿Qué ocurrirá con tu compromiso?

Al escuchar su nombre sintió como su corazón se entumecía. Dirigió una desoladora mirada a su hermana.

-No hay compromiso. -Diciendo esto salió corriendo hacia la puerta que cerró tras de sí con un portazo y unas lágrimas silenciadas. El recuerdo de aquella tarde, la petición de matrimonio, de su despedida y de sus manos cogiendo las suyas, la hizo sentir el mismo vértigo que sintió aquel día. Se había dejado envolver por una cálida ola de dicha, pero esa no era la vida que quería.

-William por favor, habla con ella. A ti te escuchará. -Ella misma sintió el ápice de resignación que salía de su voz.

La encontró en la biblioteca. Era una amplia y acogedora estancia. En su pared frontal había una chimenea de mármol blanco presidida por un gran óleo, el único que había en la sala. El resto de las paredes estaban tapiadas de arriba abajo por estanterías de roble repletas de libros. Permanecía sentada en un banco de madera pintado en suaves colores, rodeada de mullidos cojines de damasco carmesí. Dirigía su mirada azul hacia el lienzo, en el que la figura de San Juan de Dios cargaba sobre sus hombros a un mendigo enfermo y un ángel con sus alas desplegadas le ayudaba en su misericordiosa tarea.

El señor Nightingale permaneció de pie, inmóvil y en silencio. Parecía una efigie de sí mismo. Su hija le dejó estar. Le adoraba y admiraba su gran templanza. Se dejó envolver por su abrazo.

-Mire padre todos estos libros. Usted me ha enseñado a leerlos y a entenderlos. Yo los he vivido y ahora quiero darles vida, quiero enseñar y aplicar mis conocimientos a otras mujeres. Quiero aprender más. Yo no deseo pasarme la vida entre compromisos y reuniones sociales, organizando cosas domésticas. No me siento útil rodeada de todo este lujo que no me aporta nada de valor.

-Pero eso no es malo Florence. Todo esto que es tuyo te pertenece dignamente. Con ello también puedes tener valores. Eres muy inteligente y culta, así hemos querido educarte.

-Padre, me siento vacía. Usted me enseñó que la educación no está en saber, sino en hacer. Y ese es mi propósito. Dentro de mí hay una lucha que me empuja a seguir esa voz. -Sus ojos se volvieron hacia el cuadro. Agarró las manos que tantas veces la habían guiado y las besó. -Ese es mi destino, padre, el que Dios me encomienda. No puede hacer nada por detenerme. Dentro de unos días partiré hacia Kaiserswerth.

El tren hacía su entrada en la estación de Núremberg. Los vagones parecían despertar de un letargo y las vidas que los llenaban se sacudían el cansancio. Tres horas de recreo antes de continuar el largo viaje. Los andenes y alrededores eran un hormigueo de gentes que iban y venían. Mercaderes y compradores se mezclaban con los juegos de los niños que correteaban por

todos lados. Aguadores y fruteros gritaban su mercancía dando la bienvenida a los viajeros. Florence recibió con entusiasmo tanta algarabía. El sol de mediodía lucía con firmeza reflejándose en su rostro, dándole una tregua a las heladas horas de aquella mañana casi invernal. Junto a las otras damas recorrió las calles hasta llegar al convento de Santa Clara. La fachada de piedra con dos columnas a cada lado abría una serie de arcos que parecían multiplicarse al infinito, haciendo del lugar aún más encantador. La madre superiora las recibió con gran afecto.

En el refectorio habían dispuesto las mesas con vasos que contenían agua de almendras, frutas y leche templada. También pudieron degustar de unos dulces hechos con clara de huevo, miel tostada y piñones que se fundían en el paladar. Florence miró sus manos unidas mientras sus voces entonaban cánticos a La Virgen María. A su memoria llegó el recuerdo de aquella carta. Un sobre lacrado con el escudo real. Su contenido escueto y claro, escrito con una caligrafía alargada y fina, dibujaba un mensaje de esperanza.

*“Querida Florence, te escribo desde la desesperación. Nuestro ejército destinado en Crimea enferma y se muere. Los médicos y enfermeros son insuficientes. Es por ello por lo que te pido en nombre de la Reina tu ayuda. Entiendo de la magnitud sin precedentes de esta arriesgada misión. Soy gran conocedor y admirador de tu trabajo en el hospital de Harley. Te ruego que vayas al frente, junto a un grupo de damas que tu misma reclutarás y supervisarás. Recorro a ti por tu gran valentía y gran corazón. Entenderé si niegas mi petición.*

*Atentamente*

*Sidney Herbert”*

Su respuesta no se hizo esperar. No solo porque él se lo pedía. Aceptó porque nuevamente sintió la llamada de Dios en su corazón. Intuía la magnitud

de aquella propuesta, ambiciosa y peligrosa. Rápidamente se puso a trabajar en ello para reclutar su propio ejército de enfermeras.

En el hospital donde trabajaba había un grupo de religiosas con grandes conocimientos de enfermería que no dudaron en acompañar a Florence en tan delicada misión. El resto de las mujeres entrevistadas aceptaron no tanto por vocación, la paga era buena y el servir oficialmente a la corona les abriría nuevas expectativas. Sidney le había puesto al corriente de las fatales condiciones del hospital militar por la escasez de medicamentos y víveres. Así que hizo un inventario de necesidades, no sólo médicas, sino también alimentarias. En su botiquín además de medicinas había remedios herbales.

Scutari se encontraba a las afueras de Estambul. Cuando llegaron allí, tras un largo viaje, el conflicto bélico ya alcanzaba casi un año desde su comienzo. Las tropas inglesas aliadas a las francesas luchaban contra las rusas por liberar a Turquía de su asedio. En todos los contendientes el número de bajas era difícil de cuantificar dada su magnitud. Todas las guerras son un error inútil y esta no lo era menos, una matanza para unos y un suicidio sádico y cruel para otros. Para algunos fueron héroes, pero para los ojos exhaustos de Florence y sus compañeras, lo que encontraron fueron vidas mutiladas, ensangrentadas en un paisaje desolador de ruina y muerte.

Las puertas del hospital militar de Scutari se abrieron de par en par. Un grupo de soldados escoltaban un destacamento formado por cuarenta mujeres. Desde hacía unas semanas sabían que la ayuda sanitaria procedente de Londres estaba por llegar. Pero, lo que no esperaba el coronel Oliver Evans era que esa ayuda vendría de las manos de unas damas. Era un tipo duro, enjuto, fibroso. Su asombro dejó paso a su malestar y decepción.

-Mi nombre es Florence Nightingale. Soy la responsable de este grupo de enfermeras y me pongo a su total disposición. -Su mano quedó suspendida en el aire, rechazada con desprecio por el tosco hombre que tenía delante.

-Pero ¿esto qué es, una broma? ¿esta es la ayuda, usted y...? vamos, señoritas, ya tenemos demasiadas cosas que hacer como para encima tener que ocuparnos de unas frágiles y delicadas muchachitas. Este no es un sitio para mujeres. Lo que faltaba. Esto es intolerable, inadmisibile, imperdonable...

De no haber sido por el tono ácido de su voz, casi hubiese resultado cómico. Aquel hombre de no más de cincuenta años, médico cirujano y jefe de aquel improvisado hospital desde el comienzo bélico, no paraba de moverse dando grandes zancadas y levantando los brazos como si fueran movidos por los invisibles hilos de una marioneta. A sus gritos acudieron más soldados que también miraron la escena con estupor y con alguna risa disimulada.

-Vamos, quítenmelas de en medio y acomódenlas en algún sitio donde no vayan a estorbar. -Y diciendo esto se perdió por un pasillo mimetizándose con su penumbra, dejando a todos los presentes en un incómodo silencio.

De entre los soldados que quedaron inmóviles, se abrió paso un apuesto joven que no vestía el atuendo militar. Portaba una bata larga y un delantal. Con una voz melodiosa y marcado acento francés se dirigió al grupo.

-Buenos días, señoras -y dirigiéndose a Florence con una cordial sonrisa le estrecho la mano. -Señorita Nightingale, le pido disculpas. Soy el oficial Jacques Lacan, y lamento este recibimiento. Les pido que me acompañen, las llevaré a su pabellón para que descansen y más tarde les enseñaré el resto de las instalaciones.

Habían retornado de su viaje y con él una lluvia que no daba tregua. En unos días llegarían a Bruselas, Rotterdam y desde allí un barco las llevaría hasta Londres. El agua formaba pequeños ríos en los cristales, unas gotas perseguían a otras para hacerse más grandes. Florence se unió a los rezos que entonaban algunas de sus compañeras, pero no era suficiente para dar descanso a su cabeza. Números y más números la atormentaban. Sacó sus notas y se puso a repasar todos los datos recopilados en dos años. Los diagramas y registros que revelaban las causas de las muertes del ejército británico serían suficientes para hacerse oír en la corte. Era necesaria una reforma en el sistema sanitario de los hospitales militares. Como una letanía se repetía sin cesar: “se hubiesen podido salvar más. Han muerto demasiados”. Sintió el calor de una mano en su hombro que la hizo salir de un hondo abismo. Mary era la más joven del grupo.

En un principio Florence había desestimado su propuesta para aquel trabajo. Consideró que su currículum era escaso, falta de experiencia, ni siquiera una carta de recomendación. Sin embargo, en la entrevista una intuición poderosa la hizo aceptarla. Tenía los ojos azules y transparentes como sus intenciones por ayudar. Económicamente no necesitaba el dinero. Su voz sonaba firme. Era inteligente y contaba con un profundo sentido de la independencia. Tenía la certeza de que aprendería pronto y su fortaleza era más que necesaria para tal misión. No se equivocó.

-Florence, amiga. La guerra ha terminado, debes de dejarla allí y alejarla de tus pensamientos. No podemos traernos a los muertos. Es una carga demasiado pesada para nuestro corazón.

-Lo sé. Muchas gracias por todo el apoyo que me has dado en este tiempo. Sin vosotras todos estos números serían monstruosos. Pero aún hay muchas más cosas por hacer. Por ellos, por los que allí quedaron. Me gustaría que en Londres sigas trabajando conmigo, te necesito a mi lado. -Unas lágrimas perfilaban el contorno de una angustia desordenada, concediendo un silencio infinito a su agotada memoria.

-Claro, por supuesto. Ahora descansa. -La cubrió de besos y caricias, enternecida por un amor sólido y fraternal.

Se quedó mirando el pasillo que poco a poco se quedaba en silencio y con la cercanía del descanso en la mente también llegó el recuerdo de la guerra. Ni siquiera la noche daba respiro. Era un hormiguero de hombres que morían y mataban.

Un escalofrío colectivo recorrió cada uno de los cuerpos de aquel improvisado ejército de mujeres. El escenario era desolador y dantesco. Ni siquiera la guerra, de la que venían de combatir, era tan mortífera como a lo que se exponían esos hombres en aquel lamentable lugar. Una marea de podredumbre se extendía por el suelo. Era difícil de digerir todo lo que entraba por sus ojos y sintieron un nudo en la boca del estómago. Los heridos hacinados en los pabellones sin criterio ni piedad se debatían entre la vida de unos y la

muerte de otros. Sucios y hambrientos enfermaban y morían rodeados de parásitos y suciedad.

Encontraron al coronel Evans en un improvisado quirófano, donde practicaba una amputación a la vista de otros soldados que permanecían en sus camas para ser intervenidos. La sangre transformada en dolor, gritos y llantos se inhalaba junto al miedo que reflejaban sus rostros.

Florence se dirigió hacia él con firmeza e indignación. - ¿Cómo puede llamar a esto hospital coronel? Porque más bien parece un matadero.

- ¿Cómo se atreve? Es usted una insolente. Ya le advertí que este sitio no es para mujeres. ¿Qué esperaba? esto es un hospital militar no un hospital de delicadas parturientas. Aquí hay guerra y...

-Y mucha miseria. No ponga a la guerra como excusa. Mire esos hombres. Esperan ser salvados y los están dejando morir. La higiene es lamentable, todo lo es. Hasta usted.

-Muy bien. Me da igual lo que piense -diciendo esto se giró hacia la mesa de operaciones y de la boca de aquel rostro mal encarado salió una frase que Florence no olvidaría-, y ahora pónganse a limpiar, es lo único para lo que pueden servir aquí.

En los meses que siguieron a ese lamentable encuentro, se evitaron mutuamente. Fueron unos comienzos muy duros, pero hubo alguien que hizo los días más fáciles. Florence encontró la complicidad necesaria para poder desarrollar su actividad y dar cuenta de sus actitudes, en el joven oficial Jacques Lacan. También él había tenido muchos enfrentamientos con su jefe y ni sus prácticas ni sus modos le gustaban. Así que encontró en Florence una esperanza para transformar aquel lugar en un sitio más confortable.

Jacques admiró desde el primer momento la entrega y valor de aquellas mujeres. Limpiaron y desinfectaron superficies donde muchas veces la sangre y las balas junto a los excrementos se mezclaban con los muertos. Un campo de batalla en el que luchaban contra roedores que se alimentaban de cadáveres abandonados. Era como vivir en un cementerio, donde algunos estaban vivos todavía. Sin embargo, no tuvieron tregua, ni descanso.

-He traído a las mejores -le dijo en una ocasión-, he visto hermanas de profesión, que ganaban dos o tres guineas a la semana, limpiando el piso de rodillas porque consideraban que las habitaciones no eran aptas para sus pacientes. Para los enfermos es importante tener lo mejor.

Florence hizo aislar a los soldados enfermos con fiebres tifoideas, tifus o cólera de los heridos sanos. Hizo mucho hincapié en la higiene de las manos cada vez que asistían a un enfermo. Pero la guerra cada día era más dura y el cloroformo, antibióticos y otras medicinas empezaban a escasear. También los alimentos. La impotencia la hacía pensar más y se convirtió en una gran estratega. Ella misma con su dinero compró más víveres y dispuso una lavandería. Se propuso ganarle más vivos a la muerte que cada día se cebaba con saña en las tropas heridas, las balas no eran tan mortíferas como lo que les esperaba después.

Jacques le proporcionó la ayuda necesaria y juntos elaboraron un plan de saneamiento para la limpieza de los vertederos que él mismo capitaneó junto a otros soldados. Se encontraban al límite de sus fuerzas y las epidemias cada día se ganaban más víctimas. Telegrafió a Sidney Herbert con la misma desesperación con la que él la mando allí. En sus registros le explicaba cómo había bajado el índice de mortalidad, pero no era suficiente, necesitaban más recursos para salvar más vidas.

La actividad en el hospital era frenética. Por la mañana, las enfermeras abrían las ventanas para que el amanecer se colase por ellas. Con la salida del sol las nubes se teñían con una espectacular gama de azules y violetas. Ese espectáculo cromático hacía olvidar momentáneamente el dolor y la brutalidad del paisaje que los rodeaba. Florence defendía la teoría de que no solo había que curar el cuerpo, también el espíritu, y en esos pequeños detalles estaba la esencia de la sanación. En aquellas salas febriles la muerte enfrentaba a los hombres con su propia vida, con lo que habían sido, con lo que dejaban atrás, sus familias... y era entonces cuando el miedo daba paso a la angustia.

Acompañó en este último trance a muchos de ellos, intentando que se fueran en paz y con un mínimo de dignidad aliviándoles el sufrimiento. Por las noches, cuando lo visible se hacía invisible, encendía una lamparilla turca de parafina, y recorría las salas, acompañada por su luz. Al ruido simétrico de sus

pisadas se le unía el sonido de sollozos ahogados, quejidos y lamentos de los enfermos; la respiración de los agonizantes. Se acercaba a ellos y los consolaba, les ofrecía agua y unas palabras de esperanza hasta que llegaba el débil sueño. En aquel universo de camas desmadejadas de cansancio recibían lo divino y lo humano, siempre con una sonrisa amable en sus labios.

Hacia ya unas horas que habían desembarcado en el puerto de Londres, los pasajeros se fundían en el muelle con los pescadores que llegaban con sus barcas cargadas de pesca. Las gaviotas parecían darles la bienvenida graznando estruendosamente a la espera de los pescados que caían de las redes. Entre el vocerío de los soldados que abrazaban a sus madres, novias y esposas, Florence se despidió de su ejército particular. Con lágrimas en los ojos abrazó a cada una de sus valientes enfermeras. Se fueron perdiendo entre la muchedumbre y mezclado en aquel pequeño caos se encontraba su padre, apoyado en un bastón.

Abrió la ventana y por ella entró el frescor del césped recién cortado, verde como su color preferido. Saboreó el pastel de miel que tenía en la mesilla y se acercó a su escritorio para perderse nuevamente entre los números y diagramas que ella misma había hecho.

-Florence ¿ya estás otra vez?, vamos, debes descansar.

No la oyó pasar. Desde que llegó se deshizo en mimos y cuidados, su regreso la había hecho muy feliz y eso también la confortaba.

-He de terminar estos documentos, mañana es la audición con la reina y debo de tener todo preparado. Debe de escuchar mis peticiones o todo lo pasado no tendrá sentido.

-Seguro que te escuchará, Sidney está convencido de ello. Cree que triunfarás.

-No se trata de mi triunfo. No quiero que todo esto se pierda en las palabras. Los triunfos deberían destilarse en acciones que produzcan resultados.

-Está bien te dejo trabajar hasta la hora del almuerzo, pero luego hermanita te quiero para mí, -sus ojos se posaron en un pequeño paquete atado con una cinta blanca que había en un rincón del escritorio.

-Son cartas, -se adelantó con premura a su pregunta-, escritas por soldados, tengo que entregarlas, creo que lo haré personalmente, en los sobres están las direcciones, ellos me lo pidieron. Yo los incité para que escribieran. Era una forma de alejar su mente del dolor y el miedo a morir.

Cuando su hermana salió de la habitación desató el nudo que sujetaba aquel preciado legado que se le antojaba pesado por las vidas que tímidamente se revolvían en su interior. Letras ya vestidas de luto y silencio, preñadas de pasado, que reflejaban el preludio de tristezas programadas. Cogió la que se encontraba arriba, el sobre estaba abierto. En el remite estaba escrito el nombre de Jacques Lacan. En el destinatario estaba el suyo propio, Florence Nightingale, y en la parte inferior del sobre y entre comillas se leía: “mi dama de la lámpara”, conocía su contenido de memoria.

Había sido una jornada dura, últimamente todas lo eran, aunque se rumoreaba que la guerra estaba llegando a su fin. Sin embargo, las contiendas no parecían terminar y el número de heridos aumentaba sin cesar. También eran muchos los que morían cada día, a pesar de los esfuerzos por evitarlo. Pero Jacques estaba completamente seguro de que desde que llegó aquella mujer se habían salvado muchas vidas y que sin ella y sus hábiles conocimientos la desgracia hubiese sido mucho mayor. Enseguida se dio cuenta de que la atracción que sentía por ella no sólo era por su trabajo e inteligencia. Cuando la tenía cerca el corazón se le aceleraba como un enloquecido carrusel y sus movimientos se volvían torpes. Cuando no la tenía la soñaba. Era difícil comprender que el amor pudiera llegar a aquel devastador lugar.

La encontró en la sala de las medicinas, donde habían instalado un pequeño laboratorio. En un mortero mezclaba sauce, romero y tomillo que luego infusionaba y daba de beber a los aquejados de fiebres altas, de un matraz tomó un poco de ruibarbo. Llevaba el pelo recogido en un moño pequeño y apretado a la altura de la nuca, que dejaba al descubierto su cuello. Chocó con un banco

que no pudo esquivar, haciéndole perder el equilibrio para dar de bruces casi a sus pies. Una carcajada rajó el silencio de la habitación. No era fácil verla reír y no se levantó hasta que en su rostro sólo quedó un boceto de su sonrisa.

-Por Dios, Jacques, tenga cuidado no vaya a lastimarse. Bastantes bajas tenemos ya.

-Perdone mi torpeza- tenerla tan cerca hizo que le temblara la voz.

Ella desvió su mirada para no tropezar con la de él. Se giró hacia el balcón que estaba abierto. Le gustaba ese momento del día en que acababa la tarde y una luz agonizante pintaba todo de color ocre, variando los tonos a medida que se ocultaba el sol. En silencio observaron la secuencia hipnotizados por aquel abanico cromático. Permanecieron juntos como obedeciendo al misterioso mandato de la noche, y durante un instante eterno se miraron. Florence reconoció, en los ojos de él, su alma. Tuvo la certeza de que lo amaba. Él enredó sus palabras a sus manos y sintió que lo acariciaba como nunca nadie lo había hecho. A partir de esa noche, se veían cada día para despedir el sol, enamorados, danzando con los locos aleteos de las mariposas que sentían en sus estómagos, hasta que las húmedas lenguas de sus interminables besos les rozaban el alma.

Aquel día, mientras repasaba sus notas y registros, desde el exterior del edificio llegaron a sus oídos como proyectiles, gritos y voces de soldados y mujeres. La sombra negra de un presentimiento la hizo estremecerse. Salió corriendo y por el pasillo encontró al coronel Evans que venía en su busca.

-Apresúrese señorita Nightingale, hay muchos heridos... nuestros médicos... ha sido una ratonera... malnacidos... -jadeaba a cada paso y su voz se perdía entre alaridos encolerizados-, ni siquiera han respetado a nuestras tropas de auxilio.

Llegaron a la sala. Todo era un caos de sangre, dolor, gritos, llantos y muerte. Un convoy de médicos que regresaba con soldados heridos fue atacado por sorpresa y a traición. No respetaron ni el alto el fuego. Lo que parecían disparos de hostigamiento se convirtieron en toda una matanza.

Florence ayudaba con un torniquete cuando lo vio. Estaba tendido en una camilla, herido. Una mancha oscura ensombrecía parte de su espalda. No se dejó atenazar por el miedo. Corrió hacia él.

-Jacques, ¿qué te han hecho? ¿cómo estás? -no permitió que su voz temblara.

-No puedo mover las piernas. Me quema la espalda. No me duelen, pero no puedo moverlas. -La expresión de su rostro lo decía todo.

Cogió sus manos y las besó. -Te curaremos, te pondrás bien.

No fue a la guerra para ser un héroe. No creía siquiera ser valiente. Sólo era un médico que prestaba servicios a su patria. Había llorado algunas noches, ahogando los sollozos para que no le escucharan sus compañeros. Lloraba por los muertos y por sus madres que ya lo hicieron en una estación de tren al despedirse de ellos, por el recuerdo de la suya propia. Ahora también lo hacía, lo hacía por ella, por Florence. Una luz tímida asomó por el pasillo, creciendo en cada paso, atravesando miedos y sombras. Portaba su lámpara de esperanza, repartiendo latidos, ahuyentando la muerte. Llegó hasta su cansada cama.

-Jacques, estás ardiendo -incorporó su cabeza, con mucho cuidado para no provocarle más dolor, y le dio de beber la medicina.

Él intentó ponerle una mirada seductora a su amado ángel. Su piel estaba pálida, alcanzaba unos matices grisáceos. Intentaba sujetar un dolor atroz que le devoraba con saña cada parte de su descarnada vida.

Florence le sonrió con todo el coraje que le quedaba. Es difícil mirar a los ojos de alguien que sabe que va a morir, y aún lo es más saber decir lo que hay que decir. Con el dedo índice delineó suavemente su boca. Sus labios se unieron quedando suspendidos en el tiempo, mientras sus besos se licuaban en una ceremonia sagrada. Apoyó la cabeza en su pecho. El sonido del cierre de su vida le llegó con calma, acompañado de un amor infinito.

*“Cuando ya no sea ni siquiera una memoria, tan sólo un nombre, confío en que mi voz podrá perpetuar la gran obra de mi vida. Dios bendiga a mis viejos y queridos camaradas y los traiga a salvo a la orilla”.*

*Florence Nightingale*